

Heroísmo y martirio del barrio de Argüelles

(Véase en el interior una amplia información gráfica sobre los bombardeos en aquel barrio de Madrid)

AÑO XXVII
Número 1320
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



mundo gráfico

Defensa de Madrid

LOS VASCOS

Hombres y hechos de las Milicias de Vasconia

El teniente coronel Ortega, que con el comandante Lizárraga manda las Milicias Vascas, tiene el cabello nevado. Rostro grave, pero afable; carácter militar energético, bondadoso en el fondo. Ríe poco; pero su risa es franca, sincera, sin estridencias. Particularmente, se consiguen de él todas las solicitudes justas. Le gusta servir a los amigos, proteger al necesitado, repartir el bien posible, sin condiciones. Cuando está en la Comandancia de guerra, frente a su mesa de despacho, triunfa la verdadera disciplina. Todo sabe a rectitud, severidad. Leales y obedientes, se mueven junto a él muchos hombres—jefes, oficiales, soldados—que adivinan el deseo más insignificante.

Me detuvo en la escalera el capitán David—un magnífico dibujante, que escondía valores bélicos insospechados—. «¿Quieres ver al teniente coronel? No sé si podrá recibirte...» Fuimos juntos hasta el despacho, lleno de milicianos. El jefe Ortega firmaba multitud de oficios, que la mecanógrafa y los oficiales de su Estado Mayor iban dejando sobre la mesa. David hizo nuestra presentación. Y tomé asiento, cerca de varios trofeos guerreros cogidos al enemigo.

—¿Quiere usted decirme cuándo se formó el batallón de los vascos?

—Fué por Octubre. Quince días solamente se emplearon en ello.



El teniente coronel Ortega, el capitán David y el comandante Lizárraga, con algunos de los milicianos vascos que combaten a sus órdenes



La comida de los combatientes vascos, que tan destacada intervención han tenido en las últimas acciones libradas en el Parque del Oeste y la Ciudad Universitaria



El comandante Lizárraga, el teniente coronel Ortega y el capitán David



(Fots. Video) El comandante Lizárraga con algunos oficiales de las Milicias Vascas



El teniente coronel Ortega prueba el rancho de sus combatientes

—¿Dónde recibieron el bautismo de fuego?
—Nos mandaron a Villamarta dos semanas después, y tomamos parte en un combate duro, muy duro...
—Desde entonces, ¿recorrieron muchos frentes?
—No. Valmojado, Casa Rubios, Aravaca...
—¿La hazaña más valiosa que realizaron?
—Tomamos Boadilla del Monte.
—¿Cómo fué?
—Nos dieron la noticia en Pozuelo de que ese pueblo había sido evacuado por las fuerzas republicanas, como consecuencia de un intenso bombardeo enemigo. Rápidamente, al enterarme, decidí recuperar la posición perdida con mis hombres. Preparamos el avance, y al cabo de una hora Boadilla era nuestro.

El espíritu vasco parece como si estuviese forjado para la guerra; es admirable en el combate, donde crece, se agiganta y nos asombra. Muchas veces he visto a esos muchachos—que son fuertes como robles centenarios—tristes e inquietos en la trinchera, porque eran días de calma, sin peligro con qué jugar, optimistas. Se miraban unos a otros, buscando después un motivo fácil, para disparar sus fusiles liberadores, para lanzarse a campo traviesa, persiguiendo la suerte.

Los vascos han escrito muchas páginas interesantes en la historia de esta epopeya grandiosa que nos anima. Desde Boadilla del Monte a la Ciudad Universitaria, todo el camino está sembrado de triunfos. Tienen una buena mano que los guía. Recientes son los combates de la Moncloa, donde se distinguieron en la destrucción de tanques fascistas. Muchas veces llegó hasta ellos el elogio oficial. Y ahí tenemos la última de sus hazañas: los vascos contribuyeron eficazmente a la conquista de estas nuevas posiciones, donde ahora se mueven nuestras tropas bizarras. El Parque del Oeste fué también ganado por ellos, junto a otros hombres de batallones distintos. Caminaron en la noche, despreciando sus vidas, paso a paso, hasta llegar cerca de los parapetos contrarios, y allí supieron clavar, orgullosos, su bandera y la bandera roja de la cultura, de la libertad y el porvenir de todos los pueblos.

Los vascos van al combate cantando. Es un extraño y lógico afán lo que les lleva. ¡Siempre adelante! No abandonan nunca el terreno que ocupan. Sólo la muerte puede hacerles retroceder un poco.

Satisfecho está el jefe Ortega de sus hombres. Los quiere tanto como le quieren a él, y hasta parece que no sabría vivir ni luchar sin ellos.

Los vascos—temple de acero, raza heroica—poseen, a la vez, un corazón de oro, sentimientos humanitarios, difíciles de imitar. Recuerdo una noche: la aviación italo-germana estaba bombardeando cruelmente el barrio de Argüelles. Me refugié, con un muchacho de Irún, en el primer portal que vi abierto. La casa de al lado, la de enfrente y muchas más, cayeron destruídas, de modo horrible, por la metralla extranjera. Huimos, locos de desesperación y de rabia, levantando los puños hacia el cielo. De pronto, alguien nos dijo: «¡Ahí, por favor!» Entre los escombros del edificio próximo estaba sepulta-



El teniente coronel Ortega y el capitán David cuentan al periodista recuerdos de la actuación de las Milicias Vascas

do un hombre. El muchacho de Irún, sin hacer caso al peligro que le amenazaba—se había desplomado la techumbre y los muros iban a caer entre las llamas—, comenzó a levantar piedras enormes y moles de escombros, con una tenacidad y un entusiasmo verdaderamente heroicos. Cuando algo superior le detenía, gritaba furioso, casi llorando: «¡Echadme una mano, pronto!» Y el hombre se salvó, por fortuna.

—¿Quiere usted que le acompañen hasta las trincheras donde están los vascos?—me dijo el teniente coronel, con una sonrisa franca.

—Si es posible...

David, el capitán David, se ofreció para ello. Momentos después nos hallábamos a pocos pasos del Clínico. Una lluvia de proyectiles ganaba todas las distancias, dejando su silbido trágico sobre nuestras cabezas. Allí estaban los vascos.

MARIO ARNOLD

EL TEMA ANTIEROICO

LAS MIGAS EN LAS BARBAS

YA cada madrileño posee su flamante cartilla de Abastecimiento. Se ha repartido con puntualidad y rapidez. Está bien la cartilla, personal e intransferible, con sus hojillas de cupones numeradas con las fechas del mes, y cada una asignada al consumo de un artículo de primera necesidad: pan, leche, aceite, azúcar, carne fresca, jamón, tocino, verduras... No le falta ni un necesario detalle burocrático, y hay que consignar con gratitud que las autoridades han procedido con magnífica generosidad al asignarnos los racionamientos.

A este respecto, podemos darnos por satisfechos. En el papel—por lo menos en el papel—vamos a alimentarnos con verdadera esplendidez. A una familia de nueve personas, la cartilla, con sus correspondientes cupones, le asigna diariamente nada menos que cuatro kilos y medio de pan, cuatro litros de leche, dos litros y cuarto de aceite, y en proporción igualmente abundante, todas esas gollerías que se llaman carne, pescado, grasas... Se ha olvidado el pequeño detalle del combustible, máxima preocupación quizá de las amas de casa. Pero no importa. Nos va a sobrar, en cambio—por lo menos nominalmente—, con qué producimos calorías internas, una buena alimentación es el mejor recurso contra el frío.

Una sola objeción pudiera hacerse a esa generosidad con que se nos han asignado las raciones. ¿Cuánto cuesta adquirir en esa proporción los comestibles que nos atribuyen las cartillas?

Hay que gritar, cada vez con más fuerza, que el héroe, hasta que llega el momento de morir, necesita vivir. Y para vivir, alimentarse. Esa es la dramática verdad que hay que esparcir sin descanso por los ámbitos de la España leal. Madrid vive estoicamente en su penuria, soporta con noble orgullo la escasez y con grave serenidad los peligros de la guerra. Hay en España pueblos felices que todavía no conocen esos riesgos ni esas penurias. A esos pueblos, Madrid, con su resistencia, con su heroísmo magnífico, les está sirviendo de defensa, de parapeto y de escudo. En Madrid falta combustible, y mientras, en la zona leal de Badajoz están inmovilizadas 400.000 arrobas de carbón vegetal. Madrid no tiene azúcar, y se sabe que en La Poveda se ha dejado perder la cosecha de remolacha, en cuantía de muchos millares de toneladas. En Madrid escasean y se pagan carísimas frutas y verduras que se dejan pudrir, sin exportación, en el Levante feliz...

ALVARO REAL

LAS MUCHACHAS DE "ALERTA"



Uno de los batallones femeninos de «Alerta» desfilando por las calles de Madrid.

(Fot. Díaz Casariego)

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LENIN

Cuando Lenin era estudiante...

Cuando Lenin jugaba
al ajedrez...

Cuando Lenin hablaba en la
Plaza Roja...

LA fotografía es la gran cazadora de momentos. Unos, de valor actual, público, y otros, de un valor que se limita al pequeño círculo interesado. Pero cuando éstas, debidas a la curiosidad o el cariño, pasan a ser objeto de la atención pública, se colocan dentro de un terreno que ya pertenece por completo a la Historia. La naturalidad, la falta de preparación para el retrato, es lo que les concede tal transcendencia. Y es lo que tratan de conseguir los modernos adelantos en técnica fotográfica.

El estudiante

Lenin tiene diez y siete años. Acaba de terminar el Bachillerato en el Instituto de Simbirsk y ha obtenido la medalla de oro en los exámenes de reválida. Su familia—orgullosa del galardón de Wladimiro; apenada por el que, de mártir, ha recibido Alejandro, cuya sombra de ahorcado se balancea entre todos los pensamientos de la madre—lleva al muchacho a casa del fotógrafo. Y el Lenin de los diez y siete años, con un poco de asombro ante la gigantesca máquina que maneja con orgullo un hombre, indudablemente barbudo, sabe mantener la mirada sesgada del foco, con independencia de los trucos ingenuos que habrán tratado de atraerla hacia el centro del objetivo.

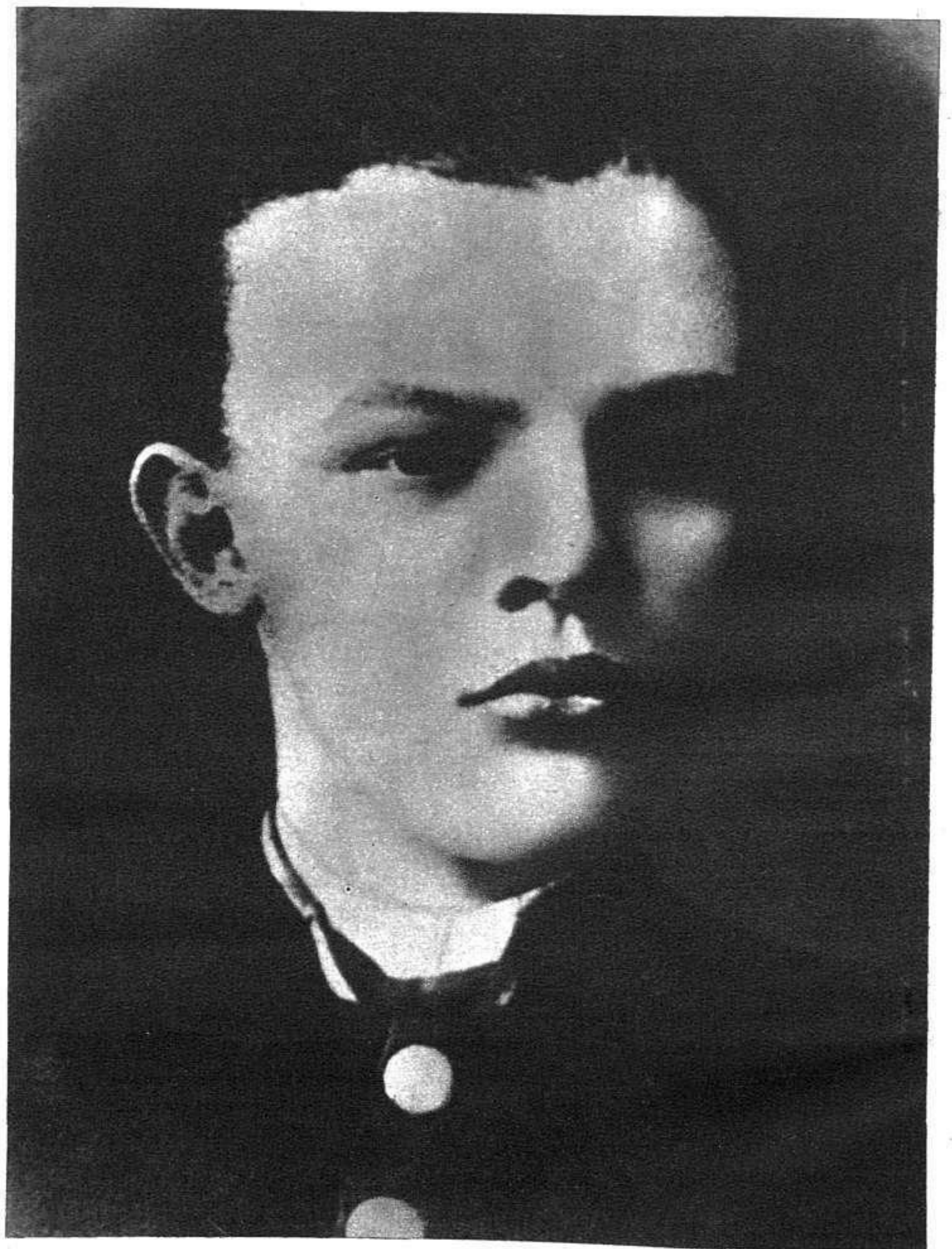
Es un retrato «de familia». Pero es un retrato de Lenin. En su mirada puede haber serenidad, seguridad, preocupación. ¿Pensaría en aquello por lo que su hermano ha entregado la vida? No es un niño precoz; pero es ya un embrión de genio. Sus ojos pronto han de conocer los paisajes del destierro, de un destierro fecundo, en el que se han de afirmar las líneas directrices de esa obra que se llamará la Unión Soviética y de esa teoría que se llamará «leninismo».

El reposo ante la acción

Entre la correspondencia coleccionada de Lenin hay una pequeña carta, de estilo casi telegráfico, y que, fechada a fines de 1910, va dirigida a su madre:

«Querida mamá: Te mando muchos saludos desde Nápoles. Hice el viaje en vapor, desde Marsella; resulta barato y agradable. Me parecía estar viajando por el Volga. Me voy a pasar unos días a Capri. Muchos besos. Saludos a todos. Tu V. U.»

En Capri, en la finca de Gorki, Lenin descansa, pensando en el próximo VIII Congreso de la II Internacional. Respira el aire del Mediterráneo y juega al ajedrez, cor-



Lenin a los diez y siete años



Lenin juega al ajedrez, en Capri, en la residencia de Gorki



Octubre.—Lenin ante las masas

dialmente, con uno de sus enemigos de mañana: con el menchevique Bogdanov.

La cámara de algún amigo reprodujo el momento, seguramente sin calcular su transcendencia. Hoy tiene un valor de documento. No se dice, no se puede saber, quién lleva las mayores probabilidades de dar el mate. Pero se sabe que en la partida empeñada sobre el tablero de la naciente República rusa las piezas que manejaba Lenin fueron acorralando a las de Bogdanov, hasta el jaque final de Octubre.

Octubre

Corren días que estremecen al mundo. Lenin sale de la clandestinidad forzada para presentarse ante las masas, embriagadas por el triunfo y deseosas de oírle. Es ya la popularidad completa. Los reporteros gráficos, con sus pesados aparatos, rodean todos sus actos. Cientos de fotos nos indican hasta el menor gesto del «padrecito» Lenin.

Pero hay uno que sabe hacer las cosas bien; uno que, dentro de la preparación total del acto, sabe escoger el momento, el gesto y el ángulo de tomavistas. Y así sale ese Lenin, enérgico, sobrio, capitán del buque que amenazan tempestades despertadas por los pulmones de la clase capitalista internacional, subido en esa cabina de mando que parece dominar el tiempo y el espacio Rusia nueva y la revolución de los proletarios de todo el mundo, que ya se muestra en el horizonte de los años.

El triunfo

Pronto hará tres años de la toma del Poder por los bolcheviques. El Gobierno soviético es cada día más fuerte, y con su ayuda y dirección se celebra en Petersburgo y en Moscú el II Congreso de la Internacional Comunista: el Congreso de las «veintiuna condiciones».

Lenin es ya un hombre que vive en los labios y en el pensamiento de todos los hombres. Los burgueses sienten trastornadas sus noches por visiones terroríficas, causadas por el «zar rojo»; los trabajadores, por el contrario, acarician su recuerdo y prometen seguir el camino que él marcó.

Un pintor—luego, en 1934, condecorado con la Orden de Lenin—hace el retrato del nuevo «padrecito», sin distraerle de las tareas del Congreso. El fotógrafo, con nueva técnica, sorprende a ambos: el pintor es el artista, y, comprendiéndolo así, deja crecer una hermosa cabellera para que pueda servir de indicio a los profanos. Mientras, el artista que plasmó la felicidad de ciento setenta millones de seres humanos y que plantó los firmes cimientos de la emancipación de los explotados, podría parecer, a espaldas de los atareados congresistas, un simple curioso que toma notas.

Se comienza a edificar

Un acto: se coloca la primera piedra de la Academia de la Agricultura «Timiriasevski», en Moscú (1921). Hay grandes discursos. Incluso uno de los campesinos, que debe su emancipación a la acción bienhechora de las jornadas de Octubre, va a leer unas cuartillas que pondrán colofón a la significación de este acto. Algunos asistentes sonríen a la máquina, que se muestra escandalosa ante el orador.

También está ahí Lenin. Pero su atención, a juzgar por el gesto de su boca, bastante crítica, va toda a este camarada que, con abrigo militar y aspecto intelectual, hace la presentación del campesino.

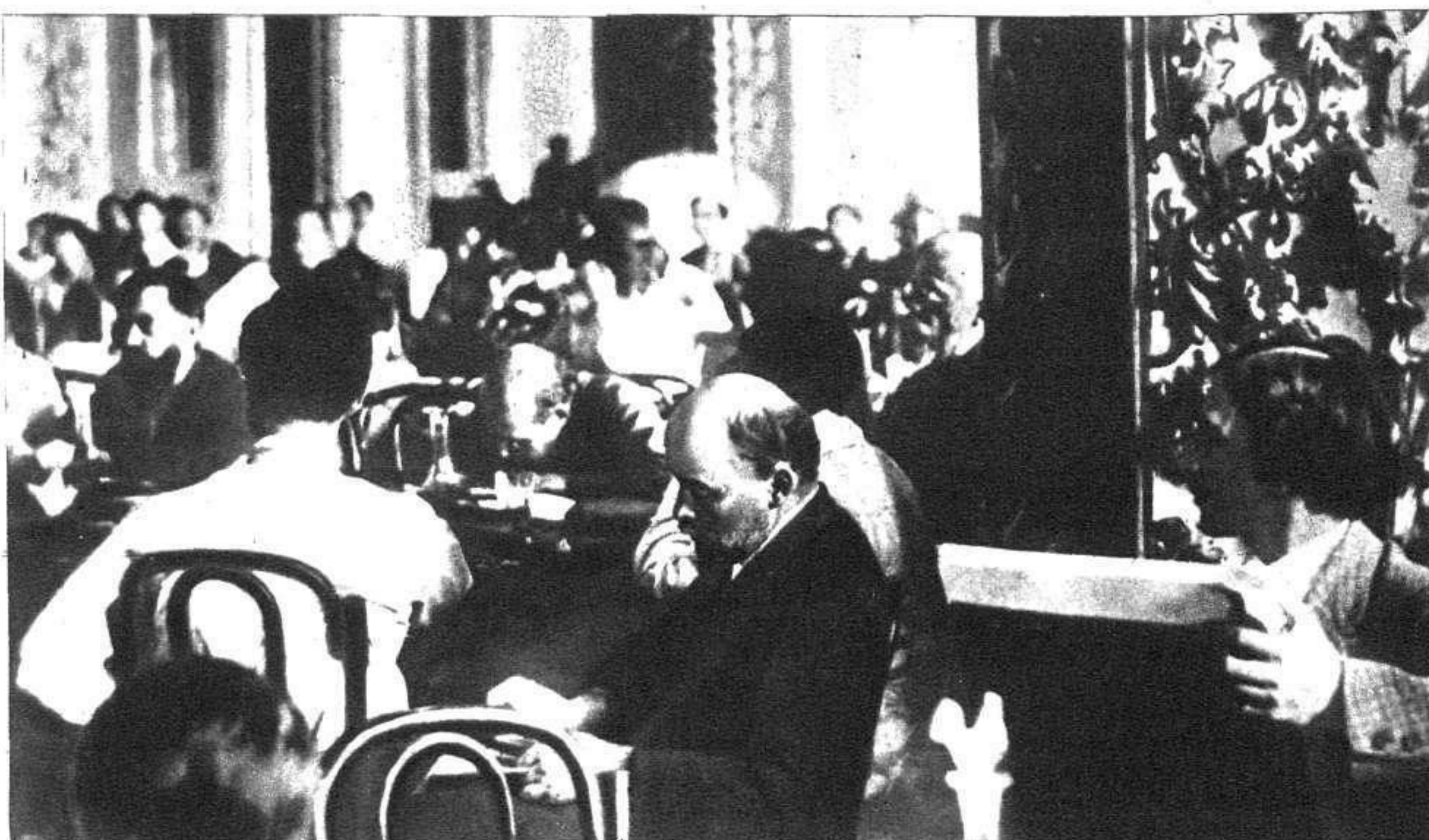
Es una de las pocas fotografías «logradas». No ha sido hecha por Lenin, sino por el acto. Y, a pesar de esto, la figura del genio de la revolución resalta como la más interesante. Lo cual debe haber molestado mucho a ese señor que, con sombrero hongo y fiera mirada, parece un policía secreto de los años anteriores a la guerra del 14.

Un retrato de «pose»

Un retrato—casi desconocido—de la época del triunfo. De otro modo no se comprendería el elegante modo de vestir. Especialmente Stalin, frecuentador de cárceles y presidios zaristas, seguramente que no conocería, en esos tiempos, los abrigos ribeteados.

Es una foto de amistad y, posiblemente, de humor. Un día, los tres amigos—Lenin, Stalin, Kalinin—deciden ir a casa del fotógrafo. Se afeitan perfectamente, arreglan barbas y bigotes, enfundan sus mejores gabanes, y... ¡hala, al fotógrafo! Este se da cuenta de la transcendencia de la visita; hace reverencias y prepara sus placas, mientras piensa en el éxito que ha de obtener cuando, a los pocos días, exponga en la vitrina del portal una ampliación de la foto. Una idea le tortura; pero no se atreve a darla forma: ¿podrá poner debajo de su nombre «proveedor del Kremlin soviético»? Lo mejor será no forzar la suerte, y la de hoy es mucha.

Saca su placa, y con el cuidado que pondría al tratar un brillante, va revelándola. Pero no termina de gustarle.



El pintor Erodski pinta a Lenin durante el II Congreso de la Internacional Comunista



La colocación de la primera piedra para la Academia de la Agricultura. A la derecha: Lenin



Stalin, Lenin, Kalinin posan juntos en una foto «de galería»

El está acostumbrado a sacar fotos para la antigua burguesía, y estos tres hombres, los más populares de Rusia, tienen un aspecto demasiado duro. Entonces pone a prueba sus artes de retocador, y trabaja, trabaja, hasta que logra una bonita foto. Lenin, Stalin, Kalinin salen rejuvenecidos en una decena de años; limpios, sin arrugas, sin preocupaciones. Lenin dirige una mirada inexpresiva, en línea perfectamente recta; Stalin parece un buen empleado de la antigua Administración rusa, y

Kalinin pudiera pasar por el jefe del negociado. Los tres se ríen, seguramente, y olvidan las copias en el fondo de un cajón. Pasa el tiempo, y aquella foto, que expresa toda la ingenuidad de un fotógrafo de galería, cobra el valor de documento. Lo de menos, aquí, es la realización antiartística del grupo. Tiene una significación que no se puede desconocer.

José DE LA FUENTE

Un horóscopo que se confirma

En MUNDO GRÁFICO se predijo la sublevación militar

«Bajo el signo de Marte».—«El peligro del mes de Julio de 1936». «En cuanto a las complicaciones exteriores...»

USTED, lector, es supersticioso? ¿Ha sentido alguna vez sobre su espalda el dedo de hielo de lo sobrenatural? ¿Cree usted en las predicciones de las pitonisas, de los adivinos? Con frecuencia, sobre todo en los primeros días de cada año, casi toda la Prensa del mundo publica largos horóscopos en los que se anuncian los más destacados acontecimientos que han de suceder en el mundo a lo largo de los trescientos sesenta y cinco días que se ofrecen a la perspectiva de la predicción. Guerras, inundaciones, temblores de tierra, atentados y cambios políticos, suelen formar la película del porvenir.

En España también se sigue esta costumbre periódica. No abundan en nuestro país las pitonisas; pero, ante la escasez, suele acudir a los lanzadores de horóscopos del Extranjero. Que a veces—éste es el motivo de las preguntas iniciales—aciertan y todo. Por ejemplo: la información de C. Kerneiz publicada en MUNDO GRÁFICO dos meses antes de la sublevación militar.

Acaso fuera lo más claro remitir al lector a la información de nuestro periódico, sin glosar por nuestra parte. Pero por si alguno no conserva aquel ejemplar, vamos a extraer de él los párrafos más importantes, que son, además, una viva demostración de que se han confirmado la mayoría de sus predicciones:

«La República Española—decía C. Kerneiz—ha nacido en una de esas épocas durante las cuales la Humanidad cambia de piel, del mismo modo que un crustáceo cambia de caparazón. La República nació bajo el signo de Libra, el cual es regido por Venus; era, por consiguiente, el pueblo que ascendía al Poder. Saturno regía el Decan; es decir, que la clase rural tendría un gran papel a desempeñar en los destinos del joven Estado; previsión hasta ahora justificada, y que lo será más en el porvenir. En cuanto a la conjunción de la Luna y de Venus, en el signo de Piscis, indica la unión de los dos elementos coincidentes de la nación: clase obrera socializante y burguesía democrática.»

Esto, en cuanto a los albores de la República. Veamos ahora las predicciones del nigromante para la primavera, el verano y el otoño de 1936, y principios de 1937, publicadas en MUNDO GRÁFICO en el mes de Mayo de 1936:

«Es una tradición de la Astrología establecer un mapa del ciclo en el momento en que empieza el año astrológico, acontecimiento celestial que se ha producido este año el día 20 de Marzo, a las seis horas, cincuenta y ocho minutos de la tarde, hora de Greenwich. Las configuraciones astrales que predominaban, cuyos pronósticos se pueden aplicar al mundo entero, eran de tal naturaleza que podían despertar las más legítimas inquietudes.»

En efecto, algo sangriento veía el nigromante en esa configuración que de modo tan inquietante se producía, porque dice:

«Temo mucho que este período de doce meses—del 20 de Marzo de 1936 a igual fecha de 1937—sea no sólo agitado, sino hasta sangriento. El mapa establecido para Madrid es favorable a la República.»

Y ya que hablamos de la influencia de los astros, fijemos nuestra vista, de la mano del adivino, en el que ha pasado la segunda mitad del año recién finado: en Marte.

«La posición de Marte en el horóscopo parece indicar una próxima intervención, más o menos directa, en un conflicto internacional armado.»

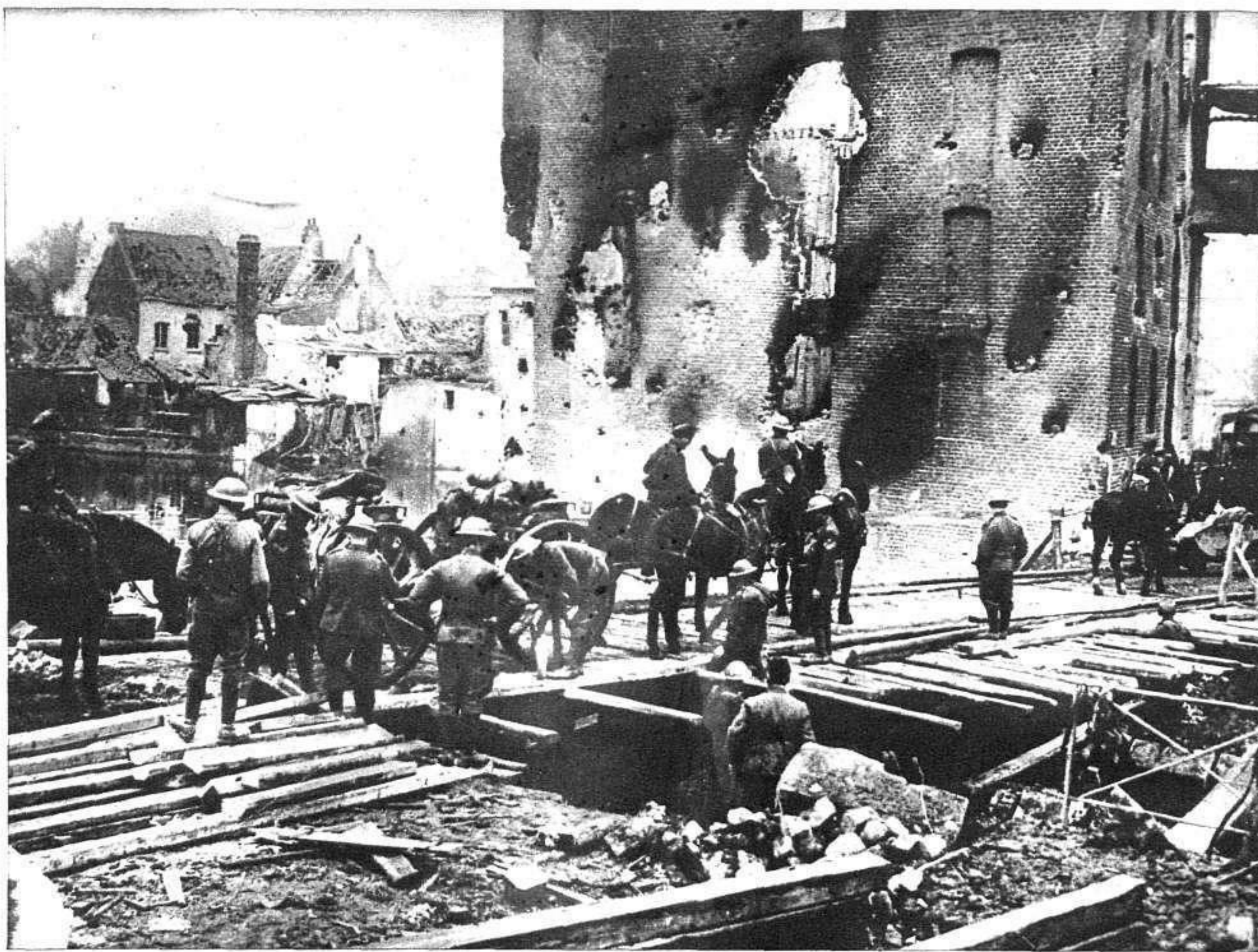
Julio será, desde luego, el mes más crítico en este aspecto. Las épocas más críticas serán esta primavera, fines de 1936 y principios de 1937. En cuanto al riesgo de complicaciones exteriores, no parece que haya que temerlo hasta comienzos de 1937. Pero es posible que para esta fecha los acontecimientos internacionales pasen esta preocupación al primer plano.»

Otras muchas consideraciones hace el profesor C. Kerneiz en sus predicciones acerca del futuro de España. Aun no ha llegado el día de saber si en ellos presidieron o no el acierto. Pero en lo transcrito anteriormente, ¿acertó? Juzgue el lector, releyendo los párrafos de la información publicada en MUNDO GRÁFICO antes de la sublevación militar.

A. S.

COMISARIOS DE GUERRA

Su antecedente en la lucha mundial de hace veinte años



La Gran Guerra. La invasión de Francia. También allí apuntó la necesidad de los comisarios de guerra...

Uno de los perfiles característicos de nuestra guerra—donde hay tanto de creación, de acento personal y propio, de espontaneidad—es el comisario de guerra. El hombre que hace llegar al combatiente el espíritu de la lucha, su sentido y significación. El que transmite el aspecto político de la contienda a los que combaten en los frentes. De ese modo, el soldado deja de ser una cosa mecánica, numérica, y adquiere la conciencia exacta de su papel en la lucha. El comisario de guerra, además, vigila los valores morales de las tropas, para que esté siempre en tensión la fuerza espiritual del combatiente. El ha de hacer llegar al soldado el interés de cada hora y de cada sitio. El ha de ser, en fin, en los frentes, animador, espuela y verbo.

Nuestros combatientes tienen, ya incorporados a sus unidades de lucha, los comisarios de guerra. Conocidos son su origen y su raíz. En Rusia, la lucha por el nuevo régimen exigió también la creación de un Comisariado Político de Guerra. Hubo unos hombres que hacían llegar el sentido de las nuevas ideas a los que luchaban por la revolución. De este modo, ésta tenía tras de sí, tras de los hombres que la hacían a costa de su vida, una emoción y un contenido profundamente políticos.

Pero el Comisariado de Guerra, además de este antecedente soviético, ¿no tiene también algún otro antecedente en la lucha de los pueblos? Fué hace veinte años, en las jornadas de la Gran Guerra, cuando ya apuntó la necesidad del comisario político de guerra. Nadie recuerda esto, y, sin embargo, en aquellos días, apenas iniciada la lucha, se vió que en algún momento hacía falta el hombre, que animase, que hiciese comprender al soldado el valor de lo que defendía. El comisario político de guerra, en fin.

Empezaba la lucha. Los ejércitos alemanes avanzaban sobre tierras de Bélgica y de Francia. Periódicos de todo el mundo llenaban sus primeras páginas con las noticias de las grandes batallas. Nombres de ciudades adquirían una roja aureola de sangre y de martirio: Namur, Lille, Charleroi... De las ciudades belgas invadidas, de los pueblos franceses fronterizos salían regueros interminables de personas hacia lugares más resguardados del dolor de la guerra. Una palabra triste—evacuación—se oía por todas partes.

Joffre, el mariscal francés, da una orden de retirada. Empieza a cernirse sobre París el peligro de la proximidad alemana. Continuamente llegan a la gran ciudad los ecos de los frentes: retirada, derrota, evacuación... En su residencia del Elíseo, el Presidente de la República, Poincaré, vive días inciertos, obsesionado por la guerra, angustiado por la marcha de las operaciones.

Ante él desfilan todo el día muchas gentes. Políticos, militares, hombres de la calle. Noticias y rumores contradictorios llegan hasta él constantemente. Poincaré siente latir de cerca, con latidos febriles, el corazón de su pueblo.

Un día, entre esos visitantes que en el Elíseo recibe el Presidente, está Magniaudé. Es un diputado del distrito del Aisne. Llega en traje de viaje, y todo delata en él que acaba de entrar en París. En el ojal de su chaqueta lleva sus insignias de parlamentario, con un breve lazo tricolor, como indicando que él mismo, por su propia autoridad, había querido hacer uso de su dignidad de diputado cerca de los ejércitos que acababa de visitar.

Llega de Vervins. En esta zona se está luchando, se está retrocediendo. Magniaudé refleja en su rostro, en su expresión, una excitación profunda.

—En los alrededores de Laon—explica con emocionado acento a Poincaré—he visto a nuestras tropas en desorden, bajo una confusión desalentadora... He hablado con el alcalde de Vervins. Y me ha contado cosas muy tristes. Falta organización; todo es allí improvisado, inestable. Nuestros jefes están descorazonados o son incapaces. Por esa falta de organización y de jefatura, el soldado está desmoralizado, fuera su espíritu de la lucha que sostiene Francia...

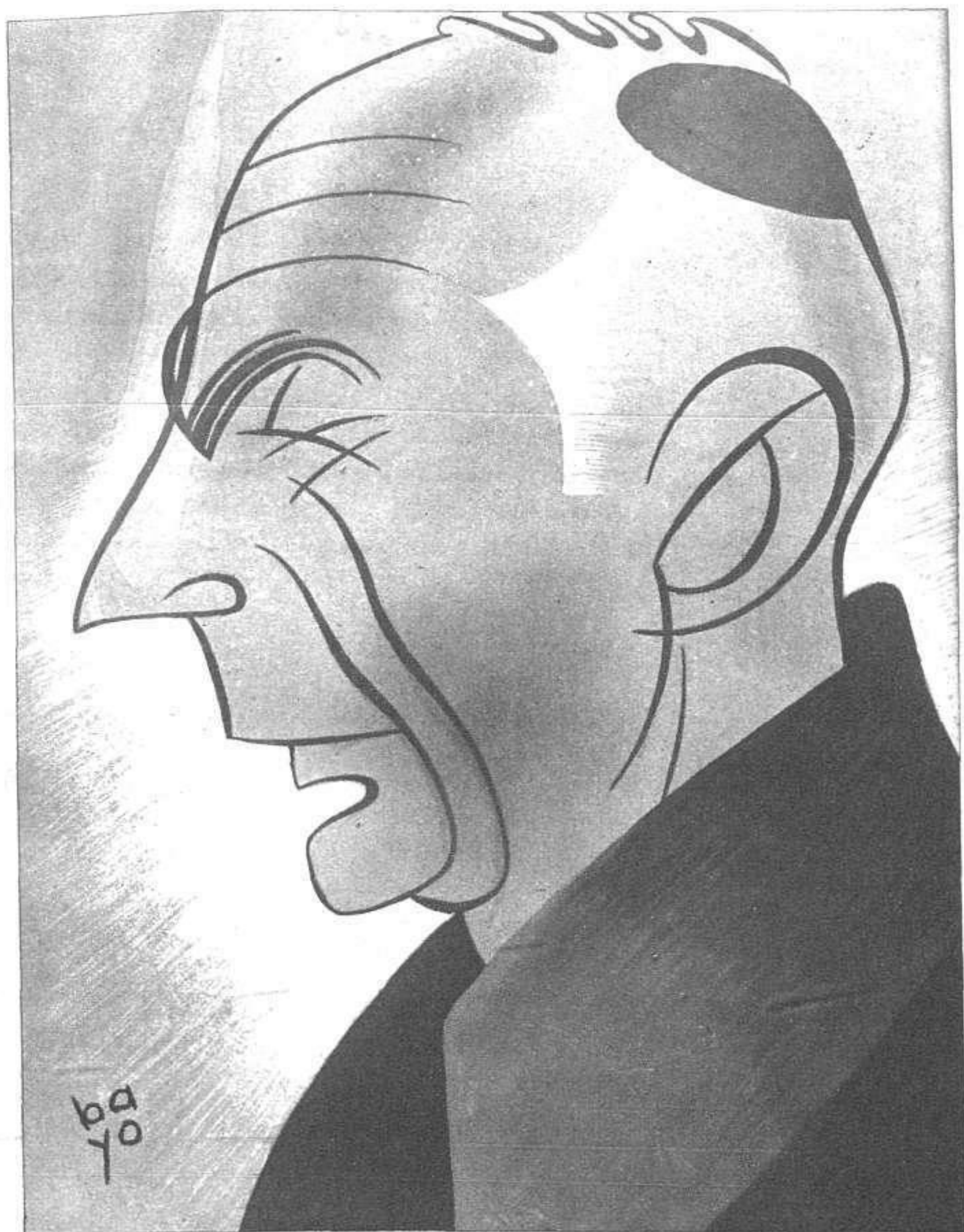
Magniaudé confiesa que en Compiègne ha visto a soldados ingleses de magnífico aspecto, en contraste con la expresión desalentada y el pobre continente de los combatientes de Francia.

—Nuestros hombres—dice—son, en su mayor parte, excelentes, y están llenos de coraje. Pero con esos jefes...

Los jefes de esos primeros días de la guerra (Agosto de 1914) son la obsesión del buen diputado francés en esa conversación con el Presidente de la República. Y de pronto, con un acento meditativo y convencido, como si en ello pudiera estar la razón del remedio, Magniaudé dice al Presidente:

—Habrían falta unos comisarios en los ejércitos, para vigilar lo que pasa, para hacer llegar a los que luchan el porqué de la guerra, para levantar la moral de las tropas...

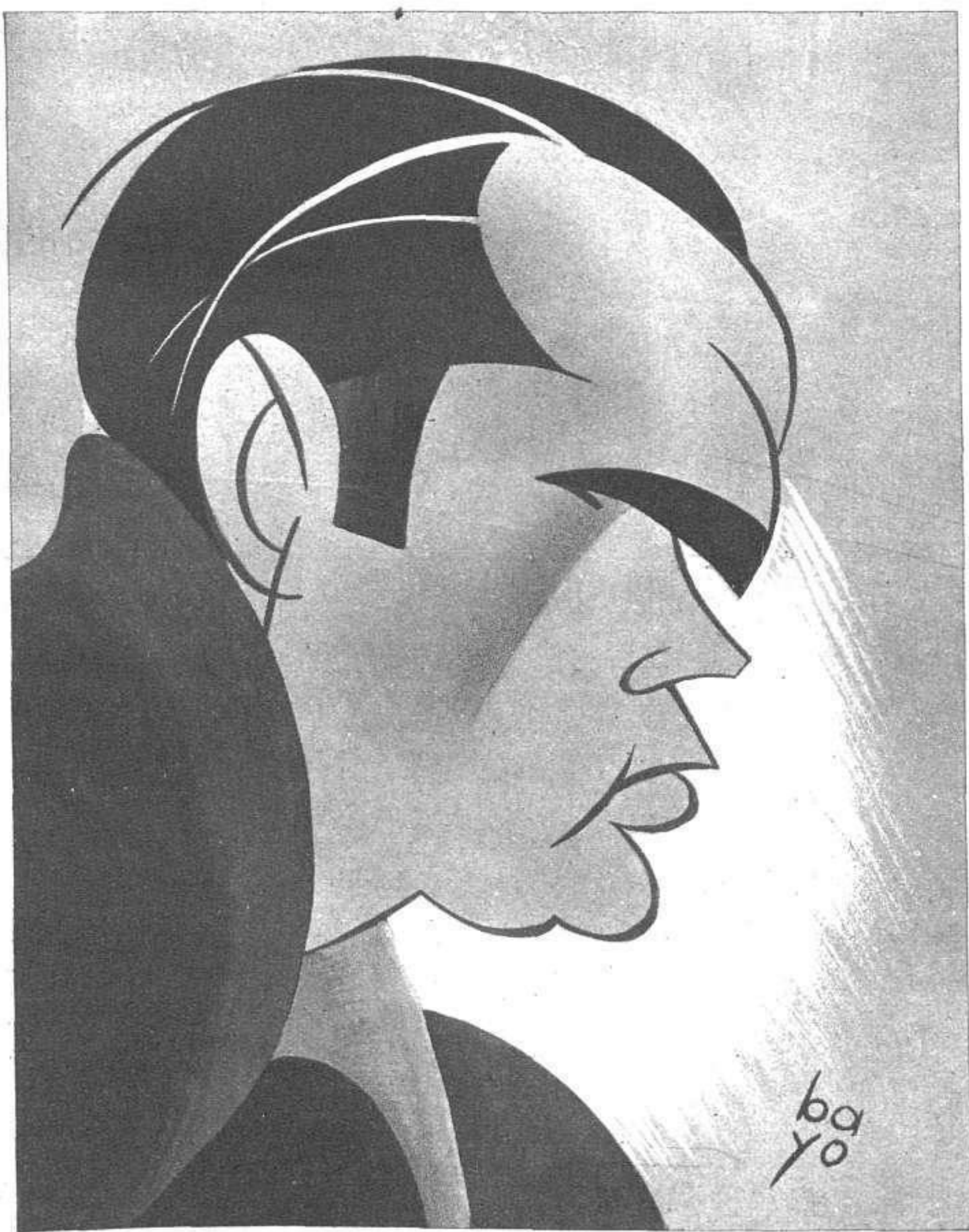
Comisarios en los ejércitos, moral en las tropas... ¿No es esto ya el comisario político que hemos de ver más tarde en el Ejército Rojo, y ahora, en nuestro Ejército Popular? Aquellas palabras del parlamentario francés son, en realidad, una raíz de lo que después hemos de ver creado, incorporado a las nuevas organizaciones militares de Rusia y de España. He aquí un desconocido antecedente, en los días en que empezaba la Gran Guerra, del comisario político de hoy.



HOMBRES DE LA LUCHA

Arriba, a la izquierda, el teniente coronel Ortega, de Milicias Vascas; a la derecha, el comandante Elías Palmarín, del Batallón «El Socialista».—Abajo, a la izquierda, el comandante Lister, del 5.º Regimiento; a la derecha, el comandante Venegas, de la Columna «España Libre»

(Caricaturas de Bayo)





Heroísmo y martirio del barrio de Argüelles

Muros calcinados, hierros retorcidos, patéticos esqueletos de casas... Habitaciones trágicamente puestas al descubierto, como una intimidad brutalmente rota; mudo lenguaje de los muebles que fueron un día tibieza y reposo, y que hoy son una ruina más entre los montones de ruinas; balcones desconchados, destrozados, como enormes pupilas vacías... En el drama de Madrid, estas heridas sobre el barrio de Argüelles son como una condecoración trágica—heroísmo y martirio—para el pecho febril de la ciudad. Duras imágenes de la guerra, estampas dolientes, visión actual de las calles que eran las más claras de Madr. Esas imágenes del barrio heroico y mártir de Argüelles son, más allá de palabras y razones, la condenación más fuerte y la más enardecida e impresionante acusación

(Información gráfica de Video)



Teresa Rubio encuentra en una sombrerera cinco mil pesetas y las entrega para la defensa de Madrid

—Aquí, en el dobladillo de esta cinta de terciopelo—dice Teresa—estaban ocultas las cinco mil pesetas que hoy están en poder de la Junta de Defensa de Madrid



Ved a Teresa Rubio con sus hermanos... Una familia numerosa entregada apasionadamente a la lucha. (Fots. Vide)

De Húmera, donde vivieron hasta los primeros días de Noviembre, llegaron a Madrid, en una de esas tristes caravanas de desalojados que la guerra, en el flujo y reflujo de sus corrientes de fuego y de sangre, va arrojando hacia atrás. En su pueblo no quedaba ya espacio para los vecinos inermes, cuando de cada una de sus calles, de cada ángulo de sus esquinas, hacían los combatientes frentes de resistencia. Entonces se acomodaron en Madrid, en uno de esos pisos de la burguesía más pudiente, de los que, ausentes y sospechosos de afecto a la sublevación sus inquilinos, se había incautado la revolución.

Y aquí seguían, hasta que, en cumplimiento de la disposición de la Junta de Defensa, que declaraba forzosa la evacuación para los refugiados de los pueblos, la Policía se presentó en busca de los padres y del más pequeño de los hijos. Fue la preparación precipitada de algún equipaje para los expedicionarios. El rebuscar en el cuarto trastero del piso alguna caja en la que pudiera caber la merienda. Allí había una sombrerera, con unos sombreros viejos y unos cintajos. Aquella sombrerera podía servir. Y al retirar su contenido, la mano de una de las hijas notó una dureza, como de varios papeles muchas veces plagados, en el dobladillo de una cinta de terciopelo. De un golpe de tijera, lo abrió. Y diez billetes de quinientas pesetas quedaron fácilmente al descubierto.

La muchacha que no quiere nada que no sea suyo

Muchos cuentos de hadas empezaban así. Y muchos sueños de muchachas.

—Yo no había visto nunca, hasta ahora, cinco mil pesetas juntas—dice Teresa Rubio Prieto: esta muchacha que acaso había soñado también con esa hipótesis de la fortuna y ha podido ver cambiarse en sus manos esa hipótesis en una realidad.

Al día siguiente, los padres saldrían evacuados de Madrid. Con unos ahorros en pocas monedas de plata, quizá. O quizá sin esas monedas de plata siquiera.

—¡Figúrese usted! Mis padres fueron campesinos... Ahora ya no pueden trabajar. Somos trece hermanos. Yo procuro ganarme la vida desde los diez y seis años. Y ya llevo siete trabajando; últimamente, en la Sociedad Española de Armas y Municiones, en la que tenía siete pesetas con cuarenta y cinco céntimos de jornal. Si esas cinco mil pesetas hubieran sido más, se las habría dado a mis padres para que se las llevaran, por si podían necesitarlas en la evacuación. Pero no eran más, y yo no quiero nada que no sea mío...

—¿Y no pensó usted en que nadie iba a reclamarlas? ¿En que nadie podía sospechar siquiera el hallazgo?—insinúa.

Pero Teresa Rubio Prieto no admite cautelas que consientan la apropiación de los bienes ajenos.

—Pensé que no eran más, y nada más. Si hubiera estado aquí su dueño, a él le habría entregado el dinero. No estaba, y la única duda en la que tuve que decidir fue la de si lo entregaría al Partido Socialista—al que pertenezco—o a la Junta de Defensa. En otra ocasión



lo habría dado al Partido. Pero ahora, para cada militante de un partido, su partido tiene que ser Madrid... Y Madrid es la Junta de Defensa. Y a la Junta de Defensa, en la persona de su presidente, el ilustre general Miaja, hice la entrega de ese dinero.

Una familia numerosa al servicio de la República

Uno de los hermanos de Teresa es capitán de Milicias, de «los del 5.º Regimiento»; otros dos son carabineros; otro, policía, de la escolta del ministro de la Gobernación. Teresa es obrera de una fábrica de municiones.

—Una familia numerosa—dice Teresa—, en la que cada uno, desde donde su vocación o sus facultades le consienten, estamos al servicio de la República. Así, ¿cómo

íbamos a dejar de ofrecerle a la República esas pesetas que, ocultas, eran como un hurto que se le estaba haciendo de un dinero que era suyo y que ahora, como nunca, necesita usar?

Y ni una sombra de melancolía por el sueño que se desvaneció. Porque ya la vida no volverá probablemente a poner nunca en las manos de Teresa Rubio cinco mil pesetas de una sola vez. Lo sabe ella. Pero...

—... Yo sólo quiero que me las ponga en la mano cuando sean más—dice.

Y añade:

—Y si más no van a serlo nunca, ¡qué le vamos a hacer!

Teresa Rubio se conforma con sus siete pesetas cuarenta y cinco céntimos de jornal.

J. R. C.



¿Qué impresión le ha producido la toma de Málaga?

El Gobierno ha dicho hoy, en una declaración que han publicado todos los periódicos de Madrid, como resumen de las deliberaciones del Consejo de Ministros, que ha examinado las causas por las cuales ha caído Málaga en poder de los rebeldes.

La noticia oficial, al ser conocida en Madrid, no ha producido los efectos desmoralizadores que hubieran deseado los facciosos. Antes al contrario, el espíritu de la población madrileña, templado en el heroísmo, como en diversas ocasiones, desde la iniciación de la ofensiva de los militares rebeldes, se ha demostrado, es ahora más fuerte y heroico que nunca. Sin embargo, el periodista se debe a la objetividad. Y para saber la impresión que esta conquista de los facciosos ha despertado en los madrileños, se ha echado a la calle a preguntar a los transeúntes su impresión. He aquí, fielmente recogidas, las impresiones que ha escuchado:

El triunfo final será nuestro

1.—Felipe Mesto. Un hombre que pasa por la calle, que responde amablemente a nuestra pregunta:
—La realidad—nos dice—es que el heroísmo de la población de Málaga no era bastante, con ser extraordinario su valor, ante la acometida de las fuerzas facciosas integradas por individuos de naciones que, como Alemania e Italia, tienen un interés decidido en hacer de España una sucursal fascista de sus respectivos países. La toma de Málaga por los facciosos nos viene a demostrar que estábamos un poco confiados. Y ello servirá de activo para crearnos un espíritu y un coraje que nos eche a vencer. El enemigo es, evidentemente, fuerte. Pero nosotros llevamos la razón. Que piensen esto muy bien las Potencias extranjeras que les apoyan. Contra la razón y el derecho no se puede luchar. Y como el derecho y la razón están de nuestra parte, el triunfo final será nuestro.

La tumba del fascismo

2.—Una mujer—Moncha Blay—, una artista conocida en escenarios de España y de fuera por su gusto decorado en la canción, añade:
—No es sólo que no pasarán. Añade esto: «Madrid es la tumba del fascismo internacional».

Eso no tiene importancia

3.—Máximo Hernández. Dependiente de un bar, muy frecuentado, del barrio de Salamanca:

—¡La toma de Málaga! Para mí, eso no tiene importancia. ¡Ya ves la réplica que estamos dando a su intento de tomar Madrid! Al final, la gloria será nuestra, porque después de estar más de tres meses intentando entrar en esta ciudad, heroica y benemérita por tantos conceptos, están hoy más lejos de ella que el día 7 de Noviembre.

Uno de los dueños del bar, que ha oído la opinión de su dependiente, remacha:

—Cada acometida sobre Madrid les ha costado una derrota. Que sigan intentando entrar, que ya llevarán su merecido.

Málaga, estímulo

4.—Miguel Pérez, encargado de una cervecería de la plaza de Santa Bárbara, abandona el periódico de la mañana que estaba leyendo, y dice:

—La toma de Málaga por los facciosos será para nosotros un estímulo poderoso que nos lleve a la reconquista de Málaga y de todas las ciudades y pueblos que hoy están en poder de ellos.

«¡No pasarán!»

5.—Francisco Díaz. Un adolescente, vendedor de periódicos.

—¿La toma de Málaga? La verdad es que no me he enterado hasta que usted me lo ha dicho. ¿Pero es que eso tiene una importancia definitiva? ¡Qué va! Ellos podrán tomar Málaga; pero aquí estamos los madrileños para ganar la guerra. Y que no se hagan ilusiones los facciosos. Nosotros vamos a ganar la guerra, porque en Madrid «¡No pasarán!»

«El pueblo español...»

6.—Antonio González. Empleado de la Sociedad Unión Eléctrica Madrileña. Viene de entregar su aportación para el nuevo Komsomol que preparan las Juventudes españolas. Es un hombre sobrio, que mide las palabras hasta casi parecer avaro de ellas.

—La toma de Málaga por los facciosos internacionales debe ser para nosotros el estímulo que marque la fortaleza necesaria para nuestra actuación. Con ese estímulo los echaremos de Málaga y «de aguas para allá». El pueblo español, el auténtico pueblo español, es invencible. Grítalo muy alto, camarada.

Ahora, con más decisión que nunca

7.—Una nena madrileña, de once años: María Cristina Semelman, hija de un destacado capitán de las Milicias Populares. Ojos alegres y nerviosos. Y una sonrisa constante, que hace aun más intensa la gracia infantil del rostro.

—Yo de eso no entiendo; pero, la verdad, es que cualquier victoria de los facciosos, por insignificante que sea, me molesta mucho. Ahora, después de eso de Málaga, lucharemos con más decisión que nunca. Para vencerlos en todas partes y para que no entren en Madrid.

María Cristina vira en la conversación, sin abandonar el tema:

—Yo soy madrileña, ¿sabes? Y el otro día brindé por el general Miaja, nuestro mejor defensor, para que no me eche de Madrid. Pon eso en el periódico para que él se entere.

No es una derrota

8.—Mariano Pérez. Policía de la última promoción.

—Mi impresión—nos dice—de la toma de Málaga por los facciosos no es pesimista. De momento, puede parecer una derrota; pero no es así. Contando, como contamos, con el heroísmo de nuestras Milicias, la toma de Málaga por los fascistas internacionales no será otra cosa que el punto de partida para el estímulo y la superación del heroísmo nuestro. Yo no considero la toma de Málaga como una derrota de los luchadores por la República democrática. Pero, aun extendiendo excesivamente el concepto, esa derrota no puede ser para nosotros otra cosa que el estímulo para hacernos más fuertes y el punto de partida para una acometividad más enérgica.

«No es para echar las campanas a vuelo»

9.—Una mujer paciente, pegada al final de una «cola». Una chica de ojos reidores, que ya se han asomado muchas veces a los *affiches* teatrales que crucificaban las esquinas madrileñas en horas de frivolidad anteriores al 18 de Julio: Angelita España, artista del baile español, aplaudida en escenarios europeos.

—Mira: el que tomen Málaga no es para que ellos echen las campanas a vuelo. Málaga no podía resistir ni un minuto más, porque ellos estaban apoyados, por aire, tierra y agua, por elementos de las Potencias extranjeras interesadas en la dominación de España. Pero de ahí no pasarán.

(Fots. Videal)

ANTONIO DE LA SERENA



Hombres de la guerra

EL HEROICO IDEALISTA

A Elías Palma, fraternalmente

HABLEMOS hoy de otra estirpe de héroes, cuyas luchas —acaso las más rudas, las más dolorosas— no consignan los partes oficiales ni inflaman líricamente la prosa de los cronistas de guerra.

Hablemos de los protagonistas de una desgarrada tragedia espiritual, drama de conciencia, paradoja lacerante de una grandeza callada, íntima, de infinita amargura, que sangra en el alma de muchos españoles de hoy: el drama del pacifista convertido en combatiente, la tragedia paradójica del hombre que odia la guerra y la hace heroicamente, inexorablemente.

Son legión en la España convulsa de ahora estos hombres nutridos espiritualmente en fontanas doctrinales hostiles a la guerra: sacerdotes cristianos auténticos; socialistas antimilitaristas; masones fervorosos de un ideal de fraternidad universal; hombres de ciencia adscritos a la fecunda evolución pacífica del pensamiento; intelectuales con enjundia de apostolado; artistas, soñadores impregnados por la alquimia de las más puras quimeras... Todo un mundo, toda una Humanidad —acaso la mejor— para quien la guerra, si ha sido un alumbramiento de deberes y responsabilidades, ha sido también un estremecimiento de estupor y de espanto...

El sabio, en su laboratorio; el profesor, en su cátedra; el artista, en su taller; el soñador, en su refugio; el sacerdote, en su altar, han podido exclamar, desesperadamente: «No. No es para este horror, para esta terrible y maldita realidad de la guerra, para la que nosotros fundíamos nuestro trabajo y nuestra fe, investigando los misterios de la Naturaleza, buscando nuevas fórmulas y nuevas armonías, persiguiendo las formas puras de la belleza y el bien, sacrificando nuestra vida por el progreso, que si es la evolución gradual de la experiencia humana, es también la aspiración a la perfección, al amor y a la fraternidad entre los hombres...»

Y, sin embargo, ahí están todos esos hombres: en las trincheras, bajo el trueno de la metralla, cara a la muerte, ofreciendo sus vidas y usando las armas terribles que siegan vidas ajenas... Ahí están estudiando y poniendo en práctica los planes de guerra, estimulando con su ejemplo el heroísmo de las masas, incitándoles a la contienda, consagrados a la deidad cruel y violenta que es la Guerra.

Yo imagino el hondo sufrimiento, la tremenda y amarga lucha interior de estos hombres que consagraron su vida a trabajos del espíritu, a apostolados de paz y fraternidad, al enfrentarse con la verdad fatal de la guerra. Hombres de ciencia y de ideal, amamantados en el respeto a la vida humana, creyentes en la misión sagrada de todo lo que existe, se ven ahora forzados a empuñar las armas que matan, a sancionar los planes cuya victoria arrastra una próspera cosecha de vidas segadas, de instrumentos de cultura destruidos, de hogares deshechos, de dolores que sangran...

Cuando en el laconismo de un parte oficial canta, vigorosa, la noticia de una victoria; cuando en el texto de una referencia periodística se habla austeramente de haberse cumplido un fallo justiciero y mortal, ¿qué triste, lacerante, honda amargura no transirá el alma de estos hombres?

Y vedlos ahí, sin embargo, en las trincheras y en los puestos de mando, cumpliendo estoicamente, serenamente, abnegadamente, con su deber. Hay que hacer la guerra, y la hacen. Con toda su dureza, con toda su trágica inexorabilidad.

Calvario áspero que no podría subir solo el corazón sangrante. Para culminar su tránsito es necesario que al sentimiento le ponga freno la inteligencia, que la conciencia se sobreponga a la sensibilidad. Victoria amarga,

pero victoria luminosa, porque es el triunfo del pensamiento, del sentido dramático del deber sobre los impulsos sentimentales. Actitud de suprema generosidad, porque implica el renunciamento, el sacrificio de los ideales más queridos, de los sentimientos más caros: es decir, de lo mejor de cada hombre.

Este holocausto heroico, no por callado menos fecundo y magnífico, lo están haciendo en la hora de ahora muchos hombres. A centenares, a millares están consagrados a la guerra, sacrificándole no sólo su trabajo y su sangre, sino lo que vale más, el tesoro de su vida interior; hombres que aman la paz, que tenían dedicadas sus vidas a credos de fraternidad humana.

Calibremos este sacrificio ingente, esta aportación a la guerra, más desinteresada que ninguna, de los sabios, de los intelectuales, de los sacerdotes, de los masones, de cuantos idealistas odian la guerra. Ha tenido la guerra que sernos impuesta con toda su brutal injusticia para que en el alma de estos hombres se opere la reacción terrible que en ellos supone aceptar el hecho de violencia, empuñar las armas, utilizarlas contra sus hermanos... Conmoción ideológica, derramamiento de credos, fracaso de principios que tienen ante la conciencia mayor significación de tragedia que las casas hundidas, las fortalezas bombardeadas, los campos arrasados...

Es la guerra, diréis. Sí; es la guerra. Hay que hacerla. Y la hacen. El corazón sangra; pero el pulso está firme. El espíritu vacila; pero los pies se clavan en la tierra, y con el alma de luto, cada cual «está en su puesto», erguido y sonriendo, no sólo a la muerte, que puede llegar, sino lo que es más trágico: a la muerte que hay que sembrar...

Héroes callados, héroes de la lucha contra sus propias almas, es justo discernirles nuestro homenaje. Lo merecen más que todos. Porque la victoria, lograda a precio de sangre, a precio de dolor, no será, por eso mismo, por haber sido sangrienta y dolorosa, su victoria. El triunfo verá en sus labios un rictus de amargura. Pase lo que pase, los idealistas son siempre las víctimas de la guerra. Y ellos saben como nadie —aunque la hagan como el mejor— que la guerra es siempre odiosa, casi siempre estéril. Es la negación, la muerte. Y la Humanidad —ellos lo saben— quiere vivir...

JUAN FERRAGUT

UNA VEZ MAS...

EL DEBER DE TODOS HACIA MADRID

MADRID siente en su carne el zarpazo brutal de la guerra. Heridas distintas, visibles unas, y otras calladas, caen a diario sobre él. La metralla hace brechas en sus casas y pone luto en sus hogares. Bombas de aviación, obuses, desgarran trágicamente muros y vidas. Pero Madrid, ensangrentado, heroico y mártir, no aleja de su espíritu esa admirable serenidad, que es su mejor resorte moral.

La ciudad tiene, por fuerza, que recortar su vida, que endurecerla, que hacerla austera y sobria. Tiene que quitar de ella cuanto sea superfluo, cuanto antes era lujo y sonrisa, garbo y gesto feliz. En Madrid, bajo el imperativo de la guerra, todo ha de adquirir un sentido como ascético.

Sus hombres y sus mujeres, sus establecimientos, sus calles... Madrid es ahora distinto, y generosamente ofrece este cambio de su fisonomía a la gran tarea común, a la lucha en que ahora está empeñada España. El ha hecho cesión de su alegría y de su comodidad, para convertirse en un símbolo de resistencia, en un penacho. Es como la vanguardia de las otras ciudades de España, como su escudo y su fuerza de choque. Madrid ensangrentado, pero invencible; Madrid acosado, pero firme, es la bandera en alto de la lucha.

Ha recortado nuestra ciudad su vida, la ha hecho rigurosa, sobria, austera. ¿Por egoísmo propio? No. Porque ha comprendido que al defenderse a sí mismo defiende a las otras provincias. Porque sabe todo lo que su nombre significa en esta hora. Porque sabe lo que en ese nombre hay, para las otras provincias, de garantía y de esperanza.

Pero mientras Madrid se condecora con cruces de sangre, hay otras ciudades en las que la vida apenas se ha visto alterada, como si la guerra fuese algo ajeno, como si la lucha no afectase allí. El ritmo de vida es en esas ciudades y en esas regiones normal o casi normal. Aviación, obuses, escasez de víveres... Son palabras que se leen en los periódicos, pero que allí no tienen la dramática realidad que tienen en Madrid.

Y ante esto se alza como un imperativo la necesidad de que esas ciudades y esas provincias ayuden a Madrid. No sólo por razones sentimentales, por razones de espíritu y de justicia, sino por propia conveniencia y por egoísmo propio. La capital está viviendo desde hace unos meses el dolor de la guerra en sus manifestaciones más duras. Llegan a ella frecuentemente los ecos de la solidaridad de las otras provincias: víveres, hombres, fervor. Pero es preciso que esta solidaridad alcance aún límites mayores, y que todas las provincias rivalicen en mostrar a Madrid su adhesión y su ayuda. No ya de un modo retórico y sentimental, sino efectivo y práctico. Madrid necesita —¿tema antiheroico?— la colaboración incondicional de todos. Ese dolor de la guerra que la capital sufre, para que no lo sufran las otras provincias, ha de ser pagado con una inagotable generosidad. Como es también inagotable la generosidad con que Madrid viene ofreciendo su sangre y haciendo renuncia de su comodidad, de su lujo y de su sonrisa.

La prestación a Madrid es ya un deber. Pasó la hora de la aportación voluntaria, del aislado esfuerzo generoso. La necesidad de esa contribución se alza hoy con carácter imperativo. Las ciudades que sólo tienen de la guerra una referencia periodística deben hermanarse —auténticamente, materialmente— con la ciudad que tiene de la guerra una experiencia trágica y cierta.

Hombres de Cataluña y de Levante... Organizaciones, industrias, partidos, esfuerzos individuales y colectivos... Todo ello ha de fundirse ahora, más apretadamente que nunca, en un abrazo hacia la capital que al defenderse a sí misma defiende a todas las demás. Sin retórica, sin tópicos de mitin, con la sencillez de las cosas verdaderas: Madrid necesita ahora, más que nunca, de todos. Y para todos la ayuda a Madrid es, ni más ni menos, esto, sencillo y difícil al mismo tiempo: un deber, en cuyo cumplimiento riguroso e inexcusable va la vida de todos.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

A BUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida de Pi y Margall, 9, entre-suelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Voz prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rumba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodoria, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas **TREVIJANO**

Señora: RECUERDE
MENSUALMENTE
PERLAS FEMI
SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD
DE VENTA EN FARMACIAS

Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

Cómo está organizado el servicio de alimentación a los enfermos

Sólo para hospitales, donantes de sangre y enfermos, el mercado madrileño necesita diariamente más de veinte mil kilos de carne

EL invierno, con su consecuencia de aumento en las estadísticas de enfermería, viene a agravar el problema del abastecimiento de Madrid, al que el Gobierno y los organismos delegados van atendiendo como a uno de los más importantes que nos ha planteado la guerra. Ya no es sólo abastecer a la población civil, que pide municiones de boca sin condicionar su género o su calidad. Ahora es, además, el cuidado y la alimentación de los enfermos, que exige una determinación de productos, de los que, por azares de la guerra, Madrid no puede tener asegurada una provisión suficiente. Para los enfermos, cuando una ciudad pasa por las circunstancias por que la nuestra atraviesa, está dispuesta la evacuación. Pero no todos los enfermos pueden ser evacuados. Y los que habían de permanecer en Madrid—sobre la emoción de la guerra, en carne viva el principio de humanidad—no iban a carecer de lo que, según las posibilidades de cada día y su necesidad, les señalara en el plan de alimentación el médico.

Cómo está organizado el abastecimiento para los enfermos civiles

Pero había que evitar la confusión entre el «enfermo auténtico» y el aprovechado que trata de simular una enfermedad para conseguir alguna ventaja en el aprovisionamiento sobre las restricciones a que la población sana ha de estar sometida. Y se estableció el certificado médico, sellado por el Colegio profesional, con validez para ocho días, a cuyo término, cuando el caso lo justificara, habría de ser renovado. Sobre el sello del Colegio Médico se exigían otros sellos de las Subcomisiones de la Comisión Provincial de Abastecimientos, a las que obligasen los alimentos prescritos en el certificado.

—Resultaba demasiado laborioso y entorpecía la asistencia al enfermo que se deseaba facilitar—nos dicen—. Y pronto se desistió de aquella exigencia de los diferentes sellos de las Subcomisiones, para dar sólo validez al del Colegio Médico, que era el que, al objeto de distinguir al verdadero enfermo del enfermo simulado, tenía la autoridad única. Acaso haya que modificar todavía más el procedimiento, para hacer más fácil la adquisición de los productos que la alimentación del enfermo necesite. Porque en la voluntad de todos está el deseo de que, para evitar abusos como para servir necesidades, el abastecimiento de los enfermos quede perfectamente asegurado.

La distribución de los pescados blancos que llegan a Madrid

Pedro Landaburu, del Sindicato Gastronómico de la C. N. T., responsable de la Subcomisión de Pescados,



El personal encargado del abastecimiento cuida cada día del racionamiento de la carne a los heridos y enfermos según las indicaciones de la receta médica. (Fots. Vide)

se lamenta de la falta de pescado en el mercado de Madrid.

—La causa de la escasez es la diversidad de precios, que consiente el que, sobre los puertos, otras provincias, hoy en situación económica ventajosa, establezcan competencias de adquisición con Madrid. La unificación de precios en toda España resolvería en favor de nuestro mercado este problema. Pero mientras tanto, poco o mucho, el pescado que recibimos se distribuye, con preferencia, entre hospitales y enfermos particulares. Y para éstos tenemos instalados, especialmente, once despachos, que facilitan, en todo lo posible, la adquisición del pescado mediante receta facultativa.

—¿Qué consumo de pescado tiene diariamente la enfermería en Madrid?

—Entre hospitales y enfermos particulares, las necesidades son de cinco a seis mil kilos diarios—dice Pedro Landaburu.

El mercado de carnes blancas para enfermos

Sólo para hospitales, donantes de sangre para transfusiones y enfermos sometidos a régimen alimenticio de carnes blancas, el mercado necesita diariamente más de veinte mil kilos de carne.

—Pocas veces disponemos de esa cantidad—explica el camarada Bayo, subcomisario de esta sección—; no porque carezcamos de ganado para sacrificar, sino por la escasez de medios de transporte para su traslado a nuestros mataderos. Y así, con frecuencia, el racionamiento aprobado en los vales o en las recetas por la Subcomisión ha de sufrir una reducción al llegar al despacho, para que de la carne de que se dispone pueda llegar algo a todos. Pero al hacer ese reparto proporcional en nuestro despacho, el personal responsable cuida de atenerse, con rigurosa fidelidad, a las peculiaridades de cada caso, teniendo siempre en cuenta las indicaciones médicas, que nos imponemos—ya que no siempre sea posible de un modo exacto—como normas para la distribución más equitativa. Mientras en nuestro des-

pacho hay carne, la receta médica se cumplimenta con todas las facilidades para el enfermo que nos consienten los suministros a que venimos obligados a atender.

La leche y los huevos para los hospitales y recetas médicas

Pero del problema del abastecimiento a los enfermos, lo más importante es la distribución de los huevos y la leche, base de la mayoría de los regímenes de alimentación prescritos por la clínica.

—La dificultad de algunas comunicaciones, como la de Santander, la capital lechera española, con Madrid tenía que dejarse sentir considerablemente—dice el camarada Huéllamo, al frente de la Subcomisión de Lechería y Huevería—en el mercado madrileño. Actualmente sólo podemos contar con una cuarta parte de la leche del consumo normal. Y lo mismo sucede con los huevos del país, cuya mayor producción estaba en Castilla. Leche y huevos, indispensables para la alimentación de los enfermos y para la lactancia de los niños. Los sanos pueden suplir con otros productos aquella escasez. Y considerándose así esta Subcomisión casi como una distribuidora de productos de Medicina, más que de sustancias alimenticias, a que no les faltasen a los enfermos y a los niños aquellos alimentos que pudiéramos llamar medicinales tendió, frente al problema que se nos planteaba, todo el esfuerzo de nuestra voluntad. Y hemos llegado a reservar toda la leche y los huevos que llegan a Madrid para el servicio de los hospitales y de las recetas médicas. Pero todavía el espectáculo de las «colas» frente a nuestros despachos nos obligaba a buscar algún procedimiento que facilitase la adquisición, y aun hicimos más para atenuar, en lo posible, las molestias que las circunstancias creaban, al disponer el servicio de racionamiento para dos días, evitando al enfermo o a las madres lactantes o a sus familias la visita diaria a nuestros establecimientos.

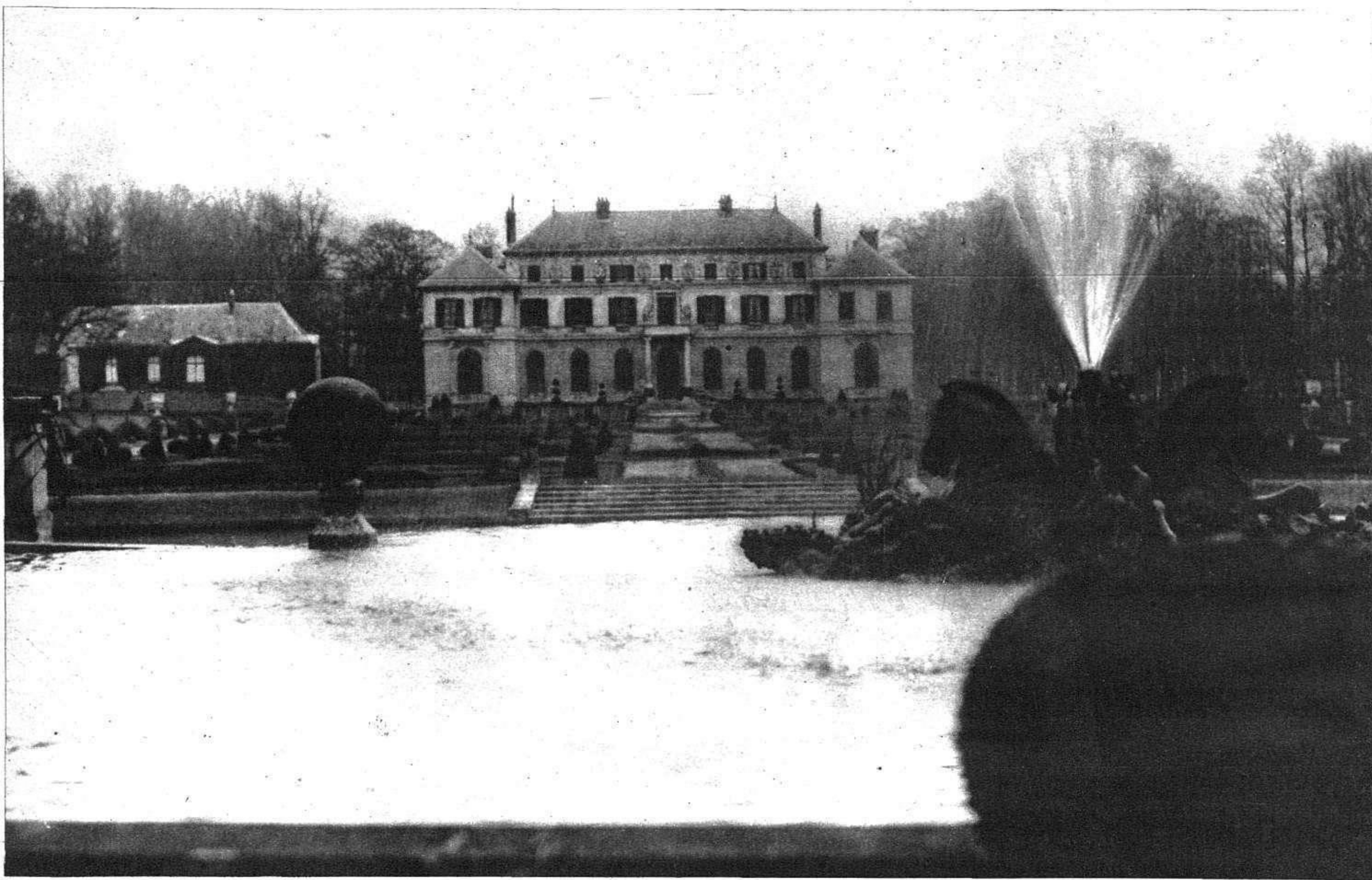
JOSÉ ROMERO CUISTA



La leche condensada se considera como alimento específico, que los establecimientos de la Junta Provincial sólo despachan por receta médica.



Mientras las existencias del mercado no consientan alguna liberalidad, los huevos se reservan especialmente para la alimentación de los enfermos.



Una perspectiva de la magnífica residencia que sir Basil Zaharoff tenía en Balincourt

OTRA VEZ EL NOMBRE DE BASIL ZAHAROFF

Es profanado el sepulcro en que dormía su sueño eterno la esposa del "mercader de la muerte"

¿Fué enterrada la mujer de Zaharoff con un collar de esmeraldas y diamantes en la garganta?

La fortuna labrada con la muerte

EL nombre siniestro de sir Basil Zaharoff se asoma otra vez a los periódicos, como si más allá de la muerte su influencia maléfica continuara proyectándose sobre el mundo. Hace unos meses, al morir Zaharoff —«rey del armamento» y «mercader de la muerte»—, fué recordada su biografía en lo que ella tenía de más externo, de más asequible. Había, naturalmente, en la vida extraordinaria y compleja de aquel hombre muchas zonas en sombra, que quedarán ya envueltas para siempre en el misterio.

En los bastidores de la política guerrera internacional, el nombre de sir Basil Zaharoff jugó muchas veces, y esas actividades suyas fueron después siembra de muerte, fuego de destrucción sobre campos y ciudades.

¿De dónde era sir Basil Zaharoff? No se ha sabido realmente cuáles fueron sus orígenes. Vivió la mayor parte de su vida en Inglaterra; pero su infancia y su juventud fueron impenetrables para cuantos después, ya poderoso, se acercaban a él. Según unos, procedía de un puerto del Mar Negro. Según otros, era camarero en Sofía, donde en 1870 lo descubrió Vickers, también famoso fabricante de armamentos. Vickers lo utilizó como intérprete y lo conservó a su lado. A partir de aquella fecha, Zaharoff se dedica íntegramente al comercio de armas. Empieza su profesión de «mercader de la muerte».

Conoce todos los Ministerios de la Guerra, frecuenta cuantos ambientes pueden ser útiles a sus sombrías actividades. En la compleja labor que ha de desarrollar para

la prosperidad de sus negocios, halla siempre un auxiliar magnífico en las mujeres.

Su nombre llega a los ambientes políticos y militares de todo el mundo. Provee de armamento a muchos ejércitos. En las guerras su fortuna crece fabulosamente. Los combatientes necesitan armas, municiones... Interviene en la guerra anglo-boer, interviene en la guerra ruso-japonesa... Viaja infatigablemente. Tiene acciones en las fábricas de armamento más importantes. Su fortuna crece y crece.

Un magnate del mundo

Desde sus residencias de recreo, desde sus *yachts* de lujo, desde su *sleeping*, desde sus mansiones suntuosas, sir Basil Zaharoff es una de las palancas más poderosas que mueven el mundo. El Almirantazgo inglés tiene constantemente puesto un buque a su disposición. Varios periódicos importantes pasan a ser propiedad suya; entre ellos, el *Excelsior*, de París. Después de la Gran Guerra, adquiere la banca de juego en Montecarlo. El rey de Inglaterra lo ennoblece, lo colma de honores...

Tiene agentes en todas partes. La red de sus planes y sus actividades es complejísima. Armamento o dinero suyo intervienen en guerras y conspiraciones. Su nombre no es ajeno a la rebelión de Abd-el-Krim en Marruecos, ni a los manejos de Venizelos en Grecia. Ejerce un control decisivo en la industria de los armamentos. Hasta tal punto esto es cierto, hasta tal punto su fortuna crece paralelamente al dolor del mundo, que en todas partes se le conoce ya por «el rey del armamento» y «el mercader de la muerte».

Finalmente, el año último, sir Basil Zaharoff muere, a los noventa años. Sobre el mapa del mundo, la guerra empezaba a cabalgar otra vez.

El sepulcro profanado

Y cuando, con la muerte, su nombre parecía ya extinguido para siempre, he aquí que ahora salta de nuevo a las columnas de la Prensa, como en una supervivencia de su influjo sombrío y de su terrible leyenda. Las noticias llegan de Balincourt. En este lugar tenía sir Basil Zaharoff una de sus mejores residencias, entre una arboleda magnífica. Allí estaba enterrada su esposa. Allí fué enterrado él.

Entre los campesinos de Balincourt, todo lo referente a Zaharoff tenía un prestigio sombrío y extraordinario, una aureola inquietante. Al hablar de él, se hacía con un sentimiento en que se fundían el miedo, el respeto y la admiración. En los hombres y las mujeres de aquellos campos corría la conseja de que la esposa del «mercader de la muerte», muerta unos años antes que él, había sido enterrada con un collar en torno a la garganta. Un collar de esmeraldas y diamantes, de un precio fabuloso.

¿Era esto verdad? ¿Era esto mentira? El hecho era perfectamente verosímil, dada la fortuna incalculable de los Zaharoff. Para las buenas gentes de Balincourt, era indudable que la muerta había sido enterrada con aquel magnífico collar en la garganta.

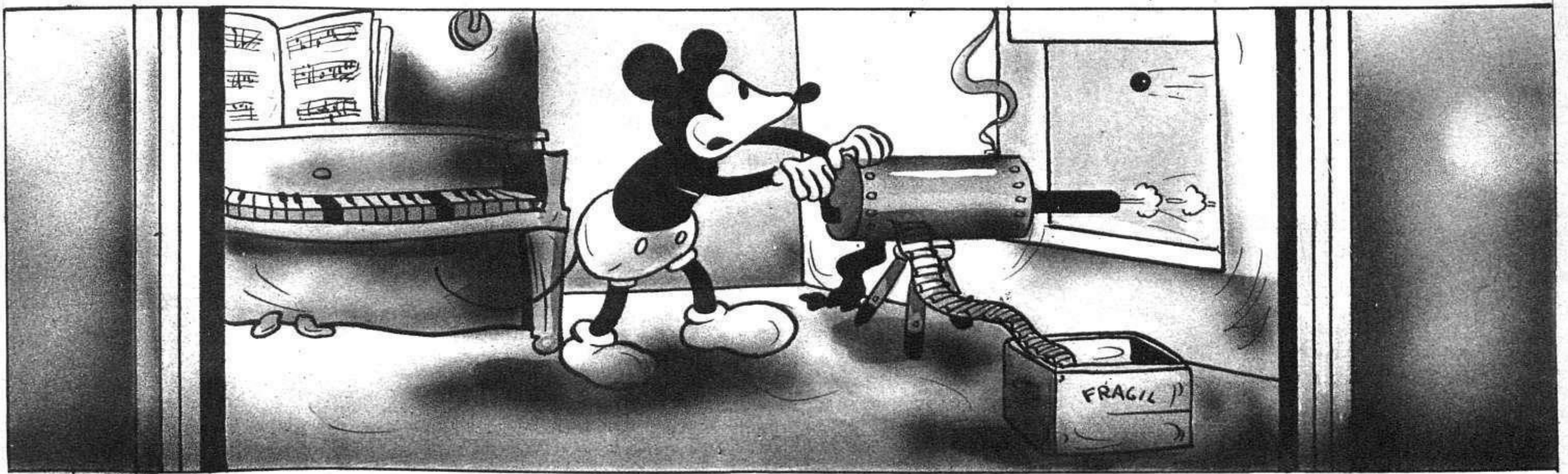
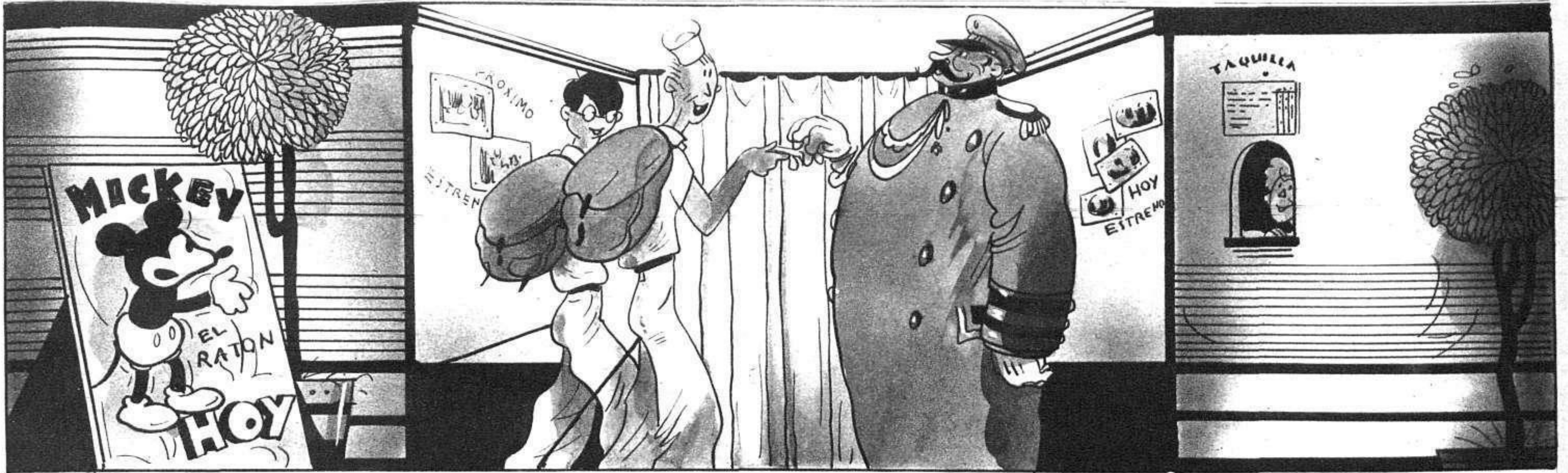
Esto llegó a oídos de alguien, que decidió comprobar por sí mismo, y en provecho suyo, la conseja. Y un día, la plataforma de cemento que cubría el sepulcro de los Zaharoff apareció rota. Roto también el ataúd que encerraba los restos de la esposa. Y esparcidos estos restos por los suaves campos de Balincourt.

La profanación espantó a las buenas gentes de aquellos lugares. No se supo nada de los que cometieron el hecho.

A pesar de las pesquisas realizadas, no se encontró a nadie, ni se supo si los delincuentes habían encontrado o no el collar que buscaban. Sólo aquel sepulcro violentado, sólo aquellos restos esparcidos, delataban el bárbaro hecho. ¿Se había cumplido el macabro robo?

La vida marcha de prisa. Días y días, cargados de afanes nuevos, de nuevas inquietudes. Parecía que el nombre de sir Basil Zaharoff empezaría pronto a ser olvidado. Pero he aquí que el «mercader de la muerte», desde más allá de su vida, salta de nuevo a la actualidad del mundo.

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO



Madrid, vigilante

Tenso el espíritu y el músculo, el combatiente de Madrid, tras su parapeto, sabe siempre que al defender a su ciudad defiende a las ciudades hermanas

(Fot. Vide)

